

EL EVANGELISTA

JUNIO

1905

REVISTA EVANGÉLICA, ILUSTRADA, MENSUAL

—AÑO XXII— REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Provenza, 275, 1.º, Gracia-Barcelona. —N.º 258—



PEDRO EN EL DÍA DE PENTECOSTES

PEDRO EN EL DÍA DE PENTECOSTES

La palabra *Pentecostes*, ó en castellano, *quincuagésimo*, nos lleva treinta y cuatro siglos atrás, á los tiempos cuando Moisés llevó á los Israelitas de la tierra de Egipto al desierto. En aquellos tiempos empezó Dios á dar una nueva serie de tipos ó representaciones, según hallamos en la Epístola á los Hebreos, de verdades celestiales. Algunos de éstos consistían en ciertas ceremonias que se habían de hacer en las festividades, como por ejemplo, esta que nos ocupa.

Cuando Dios libró á su pueblo de Egipto, ordenó que sacrificasen un cordero y que pusiesen de su sangre sobre los dos postes y el dintel de la casa donde estuviesen aquella noche de su liberación. Luego en celebración de aquella salida de Egipto, se instituyó la fiesta anual de la Pascua, para recordar á los Judíos la esclavitud de que Dios les había librado en Egipto; y al mismo tiempo servía como figura de la muerte de Jesu-Cristo, el Cordero de Dios, cuya muerte libra á todo aquel que cree, de la terrible esclavitud del pecado, como también de su paga que es muerte.

La Pascua era una de las tres fiestas principales del año, cuando todos los varones de la nación debían presentarse en la capital del reino. La segunda de estas grandes fiestas se celebraba siete semanas después, contando desde el siguiente día del sábado, es decir, cincuenta días (Véase Lev. 23. 15, 16). Esta fiesta es llamada en Deut. 16. 9, 10, la solemnidad de las semanas. En ella se presentaba á Dios la ofrenda de dos panes con levadura, acompañados de otros sacrificios. Esta ofrenda representaba en figura el fruto de la obra de Cristo, ó en otras palabras, la Iglesia naciente que se rinde á Dios, que es aceptada por El, y de quien el Espíritu Santo toma posesión.

Sabemos como los Judíos procuraron matar á Jesús de otra manera que por la crucifixión y que decían también: «No en el día de la fiesta, porque no se haga al-

boroto en el pueblo» (Mat. 26. 5). Pero tanto el día como el modo de la muerte de Jesús estaban prefigurados en las Escrituras, y así éstas fueron cumplidas hasta en el más pequeño detalle. Así murió el Salvador en tiempo de la Pascua, la fiesta que representaba la redención. Siete semanas después de la resurrección del Señor, cuando los sacerdotes de Israel debían estar ocupados en el Templo con los tipos de la ley de ceremonias, ofreciendo el pan de la nueva cosecha, los discípulos del Señor se reunían en una casa de Jerusalem para esperar las disposiciones de Dios, cuando de repente el Espíritu Santo tomó posesión de ellos de un modo manifiesto y claro. Véase Hechos, cap. 2.

La nueva de este maravilloso acontecimiento pronto se esparció por toda la ciudad, y una multitud de gente se reunió para ver y oír. Como era una de las tres fiestas principales del año, muchos Judíos religiosos de otros países se hallaban en Jerusalem, y éstos oían á los discípulos hablar en varias lenguas que no habían aprendido antes, las maravillas de Dios.

El asombro entre la gente era grande, y no se daba explicación de lo acontecido, pues aunque unos en són de burla decían que los discípulos estaban llenos de mosto, otros se quedaban perplejos. Entonces fué cuando Pedro, puesto en pie, recitó un trozo de profecía del Antiguo Testamento que precisamente hablaba del acontecimiento, y luego el Apóstol continuó en el uso de la palabra, no proclamando una serie de doctrinas ó dogmas, sino declarando que lo que había pasado siete semanas antes en Jerusalem, cuando crucificaron á Jesús, fué precisamente lo que Dios había determinado y declarado en las mismas Escrituras que los sacerdotes y escribas estaban leyendo.

Este discurso de Pedro fué una exposición de hechos incontestables: 1.º La muerte de Jesu-Cristo. Nadie podía ponerla en duda; miles de personas lo podían atestiguar; los documentos judiciales daban plena confirmación del hecho. No hay que negarlo: Jesús murió. 2.º La resurrección de Jesu-Cristo. Este hecho es de-

clarado con toda la fuerza de convicción de uno que lo ha visto, oído y palpado. Además había entonces más de quinientas personas que también eran testigos de la misma verdad. Es de notar que aunque los sacerdotes habían dado mucho dinero á los soldados para que dijese que los discípulos habían venido de noche y hurtado el cuerpo del Señor entre tanto que ellos dormían, ninguno de ellos tenía valor para presentarse ante estos testigos de la resurrección para decirles: Vosotros hurtasteis el cuerpo de Jesús para decir luego que ha resucitado. No, no se atrevían; la fuerza de la verdad les impedía como también la palpable mentira de los soldados; ¿cómo puede uno saber lo que pasa cuando está durmiendo?

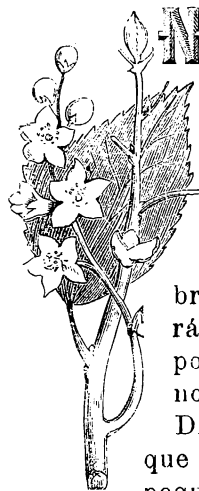
Los enemigos tenían de su parte el dinero y personajes de alta posición, como eran Herodes y Pilato, quienes gustosamente se habrían prestado á ser instrumentos de los sacerdotes para deshacer el testimonio de Pedro y los demás apóstoles; pero esto fué imposible. La verdad salió triunfante á pesar de toda la oposición, ó más bien dicho, en medio de la oposición, porque ésta ayudó á poner la verdad fuera de toda duda, como quien fiscaliza un hecho.

Así queda probado el grande crimen cometido; el Apóstol les acusa de él en tales términos que muchos sienten que la verdad les atraviesa el corazón cual una espada de dos filos, y exclaman, dirigiéndose á Pedro y los demás apóstoles: «Varones hermanos, ¿qué haremos?» La respuesta fué clara y sencilla: Arrepentimiento y bautismo como franca aceptación de Jesu-Cristo, para perdón de sus pecados, y promesa de que recibirían el don del Espíritu Santo. Aquel día 3000 personas creyeron en Jesu-Cristo y fueron bautizadas.

Así fué inaugurada en el día «quincuagésimo,» en la ciudad de Jerusalem, la dispensación ó época del ministerio del Espíritu Santo, conforme dijo Jesu-Cristo: «Cuando El viniere, redargüirá al mundo de pecado, etc.» Todos cuantos han creído en Jesu-Cristo desde entonces hasta ahora, lo han hecho en virtud de una convicción

producida en ellos por el Espíritu Santo, como en los tres mil de aquel primer día de la predicación de Pedro, así más adelante en los casos de individuos, como Lidia la vendedora de púrpura, el carcelero de Filipos, muchos en varias partes de España y las decenas de millares que se han convertido á Dios en el actual despertamiento en el país de Gales.

SATISFACCIÓN



No la encontramos en este mundo, ni en las cosas del mundo. Dios ha formado nuestro corazón de tal manera que nada sino El puede satisfacer plenamente sus aspiraciones.

Se equivocan los hombres al pensar que alcanzarán la felicidad si llegan á poseer riquezas, gloria ú honores mundanos. No ha hecho Dios un corazón tan pequeño que pueda llenarse con estas pequeñeces. Ni los tesoros, ni

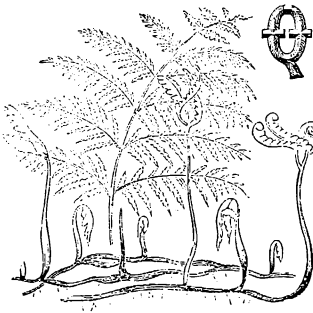
los placeres, ni los honores del mundo pueden dar la felicidad á nadie. Quien en tales cosas la busca, morirá sin hallarla.

Solo Dios, que formó el corazón del hombre, puede satisfacer sus anhelos. Así lo sentía David cuando decía: «¿A quién tengo en los cielos? y contigo nada quiero en la tierra.» O cuando exclamaba: «Tú eres la porción de mi parte.»

Salomón probó todos los goces mundanales, tuvo riqueza y gloria como ninguno. Después de haber apurado hasta las últimas gotas la copa del placer, éste es su testimonio: «Todo es vanidad y aflicción de espíritu.» Aceptemos, pues, la invitación de Cristo: «Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar.» Mat. 11. 28.

T. B.

UN CUADRO APOCALÍPTICO.



QUIZÁS este epigrafe que hemos escogido para nuestro artículo despierte en la imaginación de algunos de nuestros lectores la idea de algo espantoso, horripilante;

pero nuestro propósito es poner delante un símbolo exacto de una verdad palpable. El libro del Apocalipsis contiene muchos de estos cuadros escogidos por el Espíritu de Dios, para que por ellos entendamos más claramente las cosas que han de venir, y una vez entendidas, que las retengamos en nuestros corazones.

San Juan, preso en la Isla de Patmos, recibió una revelación, pues otro no es el sentido de la palabra Apocalipsis; ó podemos decir, una serie de revelaciones que él debía escribir y enviar á varias iglesias de su tiempo. Primeramente les escribió, según vemos en los capítulos uno hasta el tres, las cosas que él había visto y las que existían en aquel entonces (Véase cap. 1.19), como por ejemplo, el estado espiritual de los cristianos de las siete iglesias que él cita. Luego escribió las cosas que debían suceder después de las existentes en sus días, á fin de que las futuras iglesias supiesen lo que podría esperarse en el mundo hasta la vuelta de Jesu-Cristo.

Tomemos pues para nuestra meditación uno de estos cuadros que el apóstol Juan nos da. Se halla en el capítulo 17.

Vv. 1, 2. «Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo, diciéndome: Ven acá, y te mostraré la condenación de la grande ramera, la cual está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los que moran en la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.»

No es difícil entender la figura empleada aquí, pues muchas veces se halla usada en el Antiguo Testamento para representar el antiguo pueblo de Dios en su

apartamento de El, yéndose tras el mundo y sus idolatrías. Y como San Juan escribía las cosas que debían suceder después de sus días, sin miedo á equivocarnos podemos decir que la ramera aquí necesariamente representa un pueblo ó una iglesia que dejando su primitivo estado de virtud, cuando se apoyaba en Dios, se va tras los reyes de la tierra, para hallar su apoyo en ellos. No procuraremos hacer la aplicación del simbolo hasta que tengamos más datos. Sigamos pues nuestra lectura:

V. 3. «Y me llevó en espíritu al desierto: y vi una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, y que tenia siete cabezas y diez cuernos.»

La grande ramera que el Apóstol debía ver, ahora se presenta á su vista, y es una mujer sentada sobre una bestia bermeja, ó de color de escarlata, pues en el original es la misma palabra así traducida en el versículo siguiente. Es el color del manto que por burla pusieron al Señor Jesús, en Mateo 27. 28, allí traducido «de grana.» En cuanto á la bestia con sus siete cabezas y diez cuernos, el libro de Daniel nos dá alguna luz, porque allí hallamos los grandes imperios representados en sus visiones por otras tantas bestias (cap. 7). Además el mismo apóstol Juan nos dá la llave de la interpretación en los versículos 12 y 18, donde dice que los cuernos de la bestia son los reyes de la tierra. La bestia pues debe ser el poder imperial del mundo, con sus cuernos, ó reyes que son los representantes de su potestad. Que tuviera color bermejo ó de escarlata, es muy propio en señal de su autoridad imperial. Pero ahora vemos lo que no había en las visiones de Daniel, y es una mujer, la que había perdido su virtud, dejando á Dios yendo tras los reyes, y que se sienta sobre la bestia como quien cabalga en ella, para guiarla. No intentemos la aplicación aún; pero sigamos leyendo, que sin duda habrá más luz sobre este asunto interesante.

Vv. 4, 5. «Y la mujer estaba vestida de púrpura, y de escarlata, y dorada con oro, y adornada de piedras preciosas, y de perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano lleno de abominaciones, y

de la suciedad de su fornicación; y en su frente un nombre escrito: Misterio, Babilonia la grande, la madre de las fornicaciones, y de las abominaciones de la tierra.»

El vestido de la mujer revela, no sólo su autoridad imperial por el color de púrpura y escarlata (téngase presente que la escarlata es el color de la bestia), sino que por añadidura tiene oro y piedras preciosas. La sencillez y hermosura de su primitiva virtud las ha trocado por gloria mundana, y se ha colocado encima de los reyes de la tierra. Hasta aquí el simbolo es fácil; mas ahora el Apóstol nos sorprende con algo inesperado, y es que con toda la adquisición de poder temporal, tiene además un cáliz de oro en su mano lleno de abominaciones, etc. Aquí sí, podemos pararnos un momento para preguntarnos si ha pasado algo ya desde los días de San Juan que corresponda con el cuadro que nos ha dado, ó si esperaremos aún el advenimiento de un pueblo ó iglesia, que dejando su primitiva virtud se haga mundana, adquiriendo grandes riquezas, ejerciendo autoridad sobre los reyes de la tierra, y por añadidura, que sea corrompida en gran manera. Pero antes de contestarnos veamos más.

La Babilonia, la ciudad de oro del Antiguo Testamento, se halla allí contrapuesta á la ciudad de Jerusalem. En el Nuevo Testamento Babilonia es el nombre que lleva la mujer escrito en su frente, y antepuesto á este nombre hay otro que es Misterio, llevándonos á pensar que ella es poseedora de él, ó que es en sí un misterio. La corrupción va en aumento, pues viene ella á ser madre ó fuente de fornicaciones. Uno se siente, siguiendo estas meditaciones, como impelido á decir: No falta más; con maravillosa exactitud vemos cumplido lo que San Juan reveló; lo que no existía en sus días se ha ido manifestando después, y palpablemente la historia nos lo presenta delante. Mas esperemos y sigamos; más luz traerá mayor confirmación, ó revelará nuestro error.

V. 6. «Y vi la mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús: y cuando la vi, quedé maravillado de grande admiración.»

¡Qué misterioso! Andando el tiempo la mujer, dejada su primitiva virtud, y colocada por encima de los reyes de la tierra, de tal modo olvida lo que es propio y digno de una mujer que el Apóstol la ve embriagada de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús. Ante tal espectáculo el santo Apóstol se quedó maravillado. Volvamos á preguntar si ha habido iglesia desde los tiempos de San Juan que se haya vestido con tanta gloria, y reclamado para sí honores y grandezas y autoridad imperial mayores que las que los reyes de la tierra poseen, ó si hemos de esperar aún su venida. Además, podemos preguntar si tal iglesia ó autoridad se ha entregado á derramar sangre por cuestiones religiosas, como la cláusula «Mártires de Jesús» da á entender, en tal abundancia como las palabras del Apóstol revelan. Si registramos la historia, especialmente la parte que trata de las persecuciones religiosas llevadas á cabo desde el siglo XIV hasta el XIX, nos quedamos tan horrorizados como San Juan maravillado. ¡Qué mar de sangre derramada por cuestiones religiosas! Se ha calculado que hasta cincuenta millones llega el número de víctimas de la Iglesia romana.

Pero aun no hemos visto todo el cuadro. El Apóstol entra luego en pormenores referentes á la bestia, ó sea la autoridad imperial, y dice que los reyes de la tierra, que hasta cierto tiempo habían consentido en que la mujer ejerciera autoridad sobre ellos, ahora cansados de ella, procuran recabar su antigua autoridad que en mala hora habían dado, ó permitido que la mujer tomara sobre ellos y la dan á la bestia, á fin de que sea libre el Estado de toda intromisión de otra autoridad cualquiera. Un poco más adelante en el libro, cap. 19, hallamos que la bestia y los reyes de la tierra se hallan en guerra con el mismo Salvador, el Rey de reyes, que viene á tomar los reinos de este mundo, conforme se pide en el Padre nuestro: «Venga tu reino». Mas volvamos al cuadro.

La lucha entre las dos autoridades, es decir entre la de la bestia y la de la mujer que se sentaba sobre ella, es titánica;

pues la mujer á todo trance quiere conservar su puesto como superior para guiar y dirigir á los reyes de la tierra.

Vv. 16, 17. «Y los diez cuernos que viste en la bestia, estos aborrecerán á la ramera, y la harán desolada y desnuda, y comerán sus carnes, y la quemarán con fuego: porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que le plugo, y el ponerse de acuerdo, y dar su reino á la bestia, hasta que sean cumplidas las palabras de Dios».

Estos versículos nos dan el final de la lucha, después de la cual la mujer queda apeada, vencida, desolada y desnuda de toda su riqueza. Esta parte del cuadro apocalíptico no la hemos visto cumplida aún en la historia. El poder civil, en varias épocas ha entablado luchas tenaces para recobrar mayor libertad de acción; le sienta mal que otro esté encima para coartarle; y aun en nuestros días vemos la misma lucha en la vecina nación, en Francia. Cual será el resultado, no lo sabemos. Mas lo que pasa allí pone de manifiesto el ánimo que le mueve, que concuerda exactamente con el cuadro que estamos considerando. Pero lo que el Apóstol vió al final de su visión no fué una lucha entre alguno, ó algunos de los reyes y la mujer, sino que todos los reyes que la habían soportado se pusieron de acuerdo para acabar con ella del todo.

V. 18. «Y la mujer que has visto, es la grande ciudad que tiene su reino sobre los reyes de la tierra.»

Este versículo viene á darnos mayor luz aún sobre el cuadro que estamos considerando.

¡Cuán interesante es este libro del Apocalipsis al cristiano que ve anunciadas en él las cosas que vienen desarrollándose en nuestros días, y esto con mucha rapidez, excitándole á estar sobre la mira, porque le avisan la venida cercana de su Señor! En cuanto al mundo ¡ah! no harán caso. Un sueño de muerte se apodera de él de tal modo que cuando el Señor venga será para él como un ladrón en la noche, inesperado. «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salud.»

Escrito lo que antecede hemos tomado la Biblia, versión de Scío con sus Notas, para saber la opinión de la Iglesia romana

sobre un asunto que debe interesarle mucho. Dice:

«Cual sea esta (la ramera), no es fácil de atinar entre tanta variedad de opiniones. En el v. 5 es llamada la *gran Babylonia*; y del mismo modo debe entenderse figuradamente de la idolatría, lo que aquí se llama prostitución, ó fornicación. Esta es una expresión de que usan frecuentemente los profetas, para explicar la apostasia ó abandono que se hace del Dios verdadero para convertirse á los dioses falsos, ó á los ídolos. Muchos intérpretes antiguos, con San Gerónimo, han entendido por esta mujer á Roma pagana é idólatra, perseguidora del verdadero Dios, y de su Cristo: las crueldades ejecutadas contra los fieles: su inmenso poder y dominio: sus escesivas riquezas: su lujo sin medida: la corrupción de sus costumbres: las supersticiones de la ciudad reina del mundo; y su situación sobre siete collados, parece que corresponde puntualmente al retrato que nos hace aquí San Juan de Babylonia. Otros, y entre ellos San Agustín y San Prospero, entendieron que en esta ramera se simboliza la masa universal de los impíos de todos los lugares y tiempos, inficionada de la culpa.»

Solamente diremos con referencia á esta Nota sacada de la Biblia católica: 1.º Que donde dice que la expresión «ramera» la usan los profetas para explicar la apostasia, ó abandono que se hace del Dios verdadero para convertirse á los dioses falsos, es precisamente lo que hemos sostenido, y por consiguiente es imposible su aplicación á la Roma pagana porque nunca podía apostatar del Dios verdadero la que desde su principio había sido pagana. 2.º Dado por el momento el caso de que la ramera representa la Roma pagana, quien ocupa su lugar después de destruída ella, es la bestia con los reyes de la tierra; y esto pone á la Roma católica en una situación la más terrible que se puede imaginar. Sin duda San Agustín y otros vieron que la opinión de San Gerónimo era insostenible, pues condenaba indirectamente la misma iglesia católica, y dieron en decir que la ramera simboliza la masa universal de los impíos de todos los lugares. Pero obsérvese que la mujer tiene su asiento sobre la ciudad de siete collados, y sobre los reyes de la tierra; así no es la masa universal.

Dios es fiel y no dejará de oír á aquellos que permanecen fieles á Él.

ATROPELLOS



CON triste frecuencia recibimos noticias de atropellos llevados á cabo por gentes fanatizadas por el clero romano. El último ha tenido lugar en la provincia de Murcia, y las víctimas han sido unas señoritas y un caballero irlandés, ya de edad, con mucha experiencia en el Evangelio, y que sabe conservar la calma que se necesita en momentos de alboroto. Como fueron apedreados, quedaron heridos de más ó menos gravedad. Se nos dice que algunos de los que cometieron tal hazaña están presos.

Bien comprendemos que los verdaderos autores de estos atentados no son los que los llevan á cabo. No, no son tan culpables estas gentes. Se les hace creer que peligran la religión de Jesu-Cristo y que hay que acabar con los Protestantes. No saben lo que hacen, y nosotros bien podemos decir: «Padre, perdónalos.»

En vano el Papa recibe á los reyes y magnates protestantes con marcadas muestras de cortesía y placer. En vano el mismo Papa alaba al Rey protestante, Eduardo VII de Inglaterra, por la libertad de conciencia que concede á todos sus súbditos en sus vastos dominios. Cuando se les recuerda estas verdades innegables, pidiendo para nosotros aquí lo que los católicos gozan allá, salen con la frasesocorrida de que «no hay derecho al error.» Pero ¿quién es el juez aquí? Nadie puede actuar en su propia causa. Los más grandes errores cometidos en el mundo los han cometido los que se han dado por infalibles. Los sacerdotes de antiguo, en asamblea solemne, condenaron á Jesu-Cristo creyendo que defendían la verdadera religión. La falsedad de Mahoma se defiende con las mismas armas, como se vé cada día en el Imperio turco. Allí el Sultán no da derecho al error según él. Así que una prueba de estar en error es el ser perseguidor de una creencia contraria.

Pero dejando estos argumentos á un lado, volvamos la vista á las sagradas Escrituras. ¿Qué nos dice Jesu-Cristo sobre el particular? Tenemos el caso de dos celosos discípulos suyos, convencidísimos de la verdad que poseían, y viendo que los de cierto pueblo no querían recibir á su Maestro, le preguntaron: «¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, y los consuma, como hizo Elías?» Y ¿cuál fué la memorable reprensión que les dió el divino Maestro? Héla aquí: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas» (Luc. 9. 54-56).

Además, bien claro lo resolvió el Salvador, para su tiempo y hasta que El vuelva, por la parábola de la cizaña (Mat. 13. 24-30). Los siervos querían recoger la cizaña que el enemigo había sembrado en el campo: más la respuesta fué, «No: porque cogiendo la cizaña, no arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega.» Véase la interpretación que el Señor mismo da á la parábola en los versículos 37-42. El campo es el mundo, y la buena simiente son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo; y todos crecen juntos hasta la venida de Jesús.

Nosotros no defendemos el protestantismo de Inglaterra. Allí se tiene á los católicos, judíos, etc. como hijos del malo, pues esto es en efecto lo que el Rey en su juramento de coronación declara. Pero el Protestantismo tiene á lo menos un rasgo que le adorna, como poseedora de la verdad, que el Romanismo no puede ostentar, y es, que no persigue á los que no creen como ella; y así se permite construir allí grandes sinagogas, severas en su estilo arquitectónico, y suntuosos templos católicos, como si fuesen templos donde se enseña la verdad; y todo el mundo es respetado. Esto, sin duda, el rey D. Alfonso XIII tendrá ocasión de ver en su visita á Londres, y aun quizás lo admire y aprenda. Así sea.

VARIEDADES Y NOTICIAS

Fallecimiento. — Nuestro querido hermano D. Enrique Inurrigarro de Venezuela, cuyas cartas han aparecido de vez en cuando en estas columnas, nos comunica la noticia de la partida, para estar con Cristo, de su esposa D.^a Eduvigis Pagés, acaecida el día 21 del mes de Abril, próximo pasado, después de una larga y penosa enfermedad. Llena de aquella paz que la salvación de Jesu-Cristo da, esperaba con anhelo el momento de su salida de aquí. Entre otros textos que solía repetir, el más impresivo para ella fué: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo» (Juan, 17. 24). Decía que la oración del Señor Jesús no sería desoída en este *quiero*, puesto que el Padre también nos ama.

Reciban nuestro afligido hermano y su única hija nuestras simpatías.

Sociedad Bíblica de Escocia. — Con mucho interés hemos leído la Memoria anual de la Sociedad Bíblica de Escocia, cuya obra de esparcir la Palabra de Dios por todo el mundo es ya conocida de nuestros lectores. El total de salidas de Biblias, Nuevos Testamentos y porciones sueltas de las Sagradas Escrituras en el año próximo pasado ascendió á 1 526,813 ejemplares (más de un millón y medio). Hace solamente dos años que el número llegó á un millón, y ya en este breve espacio de tiempo se ve que ha hecho un gran adelanto hacia el segundo millón. Es interesante notar que donde las tinieblas abundan más, allí es donde se han enviado más ejemplares de la Palabra de Dios, que es luz y verdad. Así leemos que las tres cuartas partes del gran total de salidas han sido distribuídas en países paganos, y una quinta parte en países católico-romanos.

El total de salidas desde el año 1861 pasa de 24 millones y medio de ejemplares.

La parte que relata los trabajos hechos en España entristece el corazón pues se hace la comparación entre esta nación y las otras por una Sociedad que tiene experiencia de todas. Dice: No hay otra nación en que la obra del colportor, siendo permitida por sus leyes, sea una vocación tan penosa y arriesgada como en España. El colportor español lleva consigo una licencia especial que ha

comprado, y por la cual el Gobierno garantiza su negocio como perfectamente legítimo, y sus libros como legalmente vendibles; con todo tan pronto como comienza la venta, halla todos los poderes del fanatismo, de la Iglesia y á menudo del Estado, en orden de batalla contra él. Sus movimientos son espiados como si fuera un conspirador. El es denunciado desde el altar como un hereje y sus libros como herejía. Es arrestado como un criminal, metido en un calabozo sucio, y maniatado es conducido por las calles ante el juez, quien declara que sus documentos son de ningún valor y sus libros contrabando, y luego le manda firmar un escrito acusándose falsamente á sí mismo. Todo esto ha pasado este año (1904) en España. Casi cada colportor en casi cada provincia ha experimentado cruel é ilegal persecución.

El total de Biblias y porciones distribuídas por esta Sociedad en España es de 47,076 ejemplares ó sea un término medio de 129 cada día del año, siendo esto un aumento de 7684 ejemplares sobre el año anterior.

Entiéndase que estos trabajos sólo se refieren á esta Sociedad.

Grandeza y riqueza papales. — El palacio del Vaticano es el mayor que existe en el mundo, y la conservación y limpieza de sus 11,000 habitaciones exigen dispendios cuantiosísimos. Tiene 8 grandes escaleras y 200 pequeñas, varias capillas y multitud de hermosas galerías. Dentro de los muros del Vaticano hay un soberbio jardín y 20 espaciosos patios, y en el Palacio habitan á las órdenes del Papa, 1,200 personas que constituyen la alta y baja servidumbre del Pontífice, y el pequeño ejército pontificio, llamado la Guardia noble.

Más difícil es saber las inmensas riquezas que se encierran en el Vaticano, riquezas de toda especie que se pueda hallar en el mundo; oro, plata, piedras preciosas, perlas, etcétera, etc. Las rentas de las propiedades pertenecientes al Vaticano en Italia y otros Estados se calculan en 175,000 duros; de seguros y suscripciones, 1.200,000; donativos especiales y ofrendas 500,000; y del dinero de San Pedro 2.500,000 duros, haciendo un total de 4.375,000 duros, ó cerca de 22 millones de pesetas anuales. Dice el Papa que es sucesor de San Pedro, quien dijo: «Ni tengo plata ni oro.» ¡Qué contraste!